

JUAN A. PRIETO SAYAGUÉS (COORD.)

Los grupos sociales y sus vínculos con las instituciones eclesiásticas en la Castilla medieval: negociaciones, pactos, consensos y conflictos

TRUVA

PIEDRAS ANGULARES



Los grupos sociales y sus vínculos con las instituciones
eclesiásticas en la Castilla medieval: negociaciones,
pactos, consensos y conflictos

Los grupos sociales y sus vínculos
con las instituciones eclesiásticas en
la Castilla medieval: negociaciones,
pactos, consensos y conflictos



JUAN A. PRIETO SAYAGUÉS
(COORD.)

EDICIONES TREA

Este libro ha sido publicado en el marco del proyecto de investigación «Los monasterios de la Corona de Castilla en la Baja Edad Media: actitudes y reacciones en un tiempo de problemas y cambios», ref. PID2021-124066NB-I00, financiado por MCIN/AEI/10.13039/501100011033/FEDER, UE.



ESTUDIOS HISTÓRICOS LA OLMEDA
COLECCIÓN PIEDRAS ANGULARES

© del texto: los autores de cada capítulo, 2025

Motivo de cubierta: Master of Sopetrán, *El duque del Infantado* (ca. 1470).

Wikimedia Commons

© de esta edición: Ediciones Trea, S. L.

C/ Gran Capitán, 52

33213 Gijón (Asturias)

Tel.: 985 303 801 / Fax: 985 303 712

trea@trea.es / www.trea.es

Dirección editorial: Álvaro Díaz Huici

Producción: Patricia Laxague Jordán

Depósito legal: AS 03525-2025

ISBN: 979-13-87790-88-2

Impreso en España. *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo por escrito de Ediciones Trea, S. L.

La Editorial, a los efectos previstos en el artículo 32.1 párrafo segundo del vigente TRLPI, se opone expresamente a que cualquiera de las páginas de esta obra o partes de ella sean utilizadas para la realización de resúmenes de prensa.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

Introducción	9
ÁLVARO CARVAJAL JUAN A. PRIETO SAYAGUÉS	
1. Conflictos y discursos en torno a la tenencia de un monasterio propio: el caso de San Andrés de Sever do Vouga (Portugal) (siglos x-xi)	19
ÁLVARO CARVAJAL CASTRO	
2. Beligerantes y ¿arrepentidos?: relaciones conflictivas con el poder eclesiástico en el noroeste de la península ibérica, siglos xi-xii	33
FERNANDO LUIS CORRAL	
3. Parroquias en disputa entre concejos y monasterios en León y Castilla (siglos xi-xiii)	49
IÑAKI MARTÍN VISO	
4. Patronos, protectores, benefactores y donados. Algunas consideraciones acerca de las relaciones entre el poder laico y los monasterios de Castilla durante la Baja Edad Media	67
JUAN A. PRIETO SAYAGUÉS	
5. Los prioratos cluniacenses gallegos y la nobleza en época Trastámara	87
CARLOS MANUEL REGLERO DE LA FUENTE	
6. Bienhechores y donantes del monasterio de san Benito de Valladolid: la época de los priores perpetuos (1390-1465)	105
CÉSAR OLIVERA SERRANO	

7. Iglesia y nobleza: los consensos y disensos sobre la reforma a principios del siglo xv: el caso de Sopetrán 127
ÓSCAR VILLARROEL GONZÁLEZ

8. Un episodio de la tutela regia sobre los hospitales de patronato real: la visita y reforma del Hospital del Rey de Burgos por el comisionado real Fernando Vázquez de Arce en tiempo de los Reyes Católicos 143
DAVID NOGALES RINCÓN

9. La injerencia nobiliaria en las elecciones episcopales gallegas a mediados del siglo xv: pactos y conflictos 159
DIEGO GONZÁLEZ NIETO

10. El camino hacia la asimilación: benefactoría religiosa y memoria de los judeoconversos en la Castilla de los Reyes Católicos 177
MARÍA DEL PILAR RÁBADE OBRADÓ

Bienhechores y donantes del monasterio de san Benito de Valladolid: la época de los priores perpetuos (1390-1465)

CÉSAR OLIVERA SERRANO
Instituto de Historia (CSIC)

1. Introducción

El marco científico que preside este conjunto de estudios está centrado en las modalidades que adoptó el patrocinio laico sobre las instituciones monásticas medievales. A tenor de este planteamiento, parece razonable observar un caso concreto especialmente relevante: el del monasterio de san Benito de Valladolid, famoso por su proyección territorial en la Castilla de los siglos xv y xvi en tanto que modelo observante destinado a tener una fulgurante expansión, sobre todo a partir del reinado de los Reyes Católicos. En este ejemplo tan emblemático del reformismo hispano es bien visible el papel desempeñado por todo tipo de personas de diferente estado y condición en el crecimiento y desarrollo de la institución. Por este motivo, a lo largo de las páginas siguientes abordaremos esta cuestión desde un punto de vista bastante concreto: el de los donantes y bienhechores que colaboraron en aquella experiencia observante en compañía de los primeros priores. No hace falta recordar que la historia del cenobio vallisoletano cuenta ya con una larga y dilatada estela historiográfica.¹ Trataremos de no insistir demasiado en cuestiones

¹ Siguen siendo fundamentales algunos estudios clásicos, como los de Colombás, Gost y sobre todo Zaragoza Pascual: Colombás, García M. y GOST, Mateo M., *Estudios sobre el primer siglo de san Benito de Valladolid*, Montserrat: [Scripta et Documenta, 3], 1954; Zaragoza Pascual, Ernesto, *Los generales de la congregación de San Benito de Valladolid*, 6 vols., Zamora: Abadía de Silos, 1975-1976 (especialmente el vol. 1); asimismo se deben tener en cuenta otras explicaciones más globales, como la de Reglero de la fuente, Carlos Manuel, *Monasterios y monacato en la España Medieval*, Madrid: Marcial Pons, 2021 y los estudios Prieto Sayagués, Juan Antonio, *Entre la benefactoría y el servicio. Los vínculos del poder laico con los monasterios y sus comunidades en la Castilla bajomedieval*, Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2022; Prieto Sayagués, Juan Antonio (coord.), «Monográfico: Agentes políticos y eclesiásticos en la(s) reforma(s) de las órdenes religiosas durante la Baja Edad Media (c. 1250-1500)», *Archivo Ibero-Americano*, vol. 83 Núm. 296 (2023). En todas estas obras se puede encontrar una actualizada visión del planteamiento que analizamos aquí. Para el desarrollo de los primeros tiempos del cenobio vallisoletano en relación con el poder regio, Olivera Serrano, César, «Devociones regias y proyectos políticos: los comienzos del monasterio de san Benito el Real de Valladolid (1390-1430)», *Anuario de Estudios Medievales*, 43/2 (2013), pp. 799-832; Olivera Serrano, César, «Bajo el amparo del monasterio: los burócratas bienhechores de san Benito el Real

ya conocidas. No obstante, iremos citando, aunque sea de forma breve, algunos detalles esenciales que sostienen la armadura principal del conocimiento con el fin de resaltar otras facetas tal vez menos conocidas y sobre las que merecerá la pena detenerse.

Una aclaración previa: en estas páginas nos centraremos principalmente en el propio cenobio vallisoletano y no tanto en los restantes monasterios nacidos o reformados al calor de la expansión que se despliega durante el siglo xv, aún a sabiendas del importante papel que tuvieron los bienhechores en dicho proceso expansivo. Esta selección un tanto restrictiva deriva, al menos en parte, por razón de la limitación del espacio físico disponible en este capítulo, aunque hay otro motivo más sólido: cada monasterio sometido a la autoridad del prior vallisoletano tenía su propio elenco de benefactores que quedaba consignado en el correspondiente *libro de bienhechores*.² Por otra parte, haremos una acotación de tipo cronológico: el análisis del caso vallisoletano se analizará en un período muy concreto de su historia, el de los priores perpetuos, que transcurre entre el momento mismo de la fundación en 1390 y el instante en que se adopta un nuevo modelo de gobierno interno, el de los priores trienales, a partir del año 1465.³ La coherencia de este largo período de setenta y cinco años viene dada por la estabilidad del régimen de gobierno interno, algo esencial para entender el proceso de selección de bienhechores, aunque hay otra razón de tipo documental que pronto iremos viendo: entre 1390 y 1465 contamos con varias fuentes que complementan la información contenida en el *Libro de los bienhechores*, de modo que es más fácil identificar la lista de donantes y bienhechores de este período, a diferencia de lo que sucede para otras épocas posteriores, donde es más compleja la tarea de identificación.⁴

Una última precisión previa se refiere a la distinción, no siempre clara en las fuentes, entre «bienhechores» propiamente dichos y aquellos otros donantes (este

de Valladolid en el siglo xv», en César Olivera Serrano (coord.), *Entre el altar y la corte. Intercambios sociales y culturales hispánicos (siglos XIII-XV)*, Sevilla: Athenaica Ediciones, 2021, pp. 209-259.

² Esta realidad se comprueba a partir de la fundación Calabazanos, una de las primeras casas vinculadas al monasterio vallisoletano; Colombás, García M.: «El Libro de los bienhechores de San Benito de Valladolid», *Studia monastica*, 5 (1963), pp. 305-402.

³ Antonio de Ceinos o Celinos (1390-1398), Juan de Madrigal (1399-1421), Martín de Rivas o de Palencia (1421-1423), Juan de Acevedo (1423-1436), García de Frías (1436-1451) y Juan de Gumiel (1451-1465). Sigue siendo fundamental el estudio de Zaragoza Pascual, Ernesto, *Los generales de la congregación de San Benito de Valladolid*, 6 vols., Zamora, Abadía de Silos, 1975-1976; véase también, Zaragoza Pascual, Ernesto «Abadologio del monasterio de san Benito el Real de Valladolid», *Investigaciones Históricas: época Moderna y Contemporánea*, 23 (2003), 203-260.

⁴ El análisis e identificación de los bienhechores puede verse en la edición del manuscrito original que se conserva actualmente en el Fitzwilliam Museum de Cambridge con la signatura Ms. CFM 28. La signatura alude al coleccionista inglés Charles Fairfax Murray, que lo acabó donando al museo tras haberlo adquirido para su colección personal. Pueden verse estos detalles en Olivera Serrano, César, «Bienhechores y donantes del monasterio», en César Olivera Serrano (dir.), *El Libro de los bienhechores del monasterio de san Benito el Real de Valladolid. Estudio y edición*, Madrid: Dykinson, 2021, pp. 14 y ss.

último término es nuestro) que no aparecen consignados en el *Libro de los bienhechores*. En el manuscrito se registraban de manera oficial aquellas personas y entidades que habían ganado el derecho a beneficiarse del recuerdo orante de los monjes, hasta el punto de alcanzar de forma perpetua el beneficio de los méritos espirituales obtenidos por la comunidad benedictina. Otros muchos donantes — algunos muy generosos— quedaron excluidos de tal honor, sin que sepamos muy bien las razones de semejante discriminación, aunque por otras fuentes del monasterio que citaremos más adelante sabemos de su existencia y de su generosidad. Conviene destacar el hecho de que las contrapartidas espirituales que los monjes brindaban a sus donantes y bienhechores también se registraban en otros tipos de fuentes diferentes al *Libro de los bienhechores*, como libros de aniversarios y misas, textos relativos a la fundación de capellanías y el libro de ceremonias, de modo que la función esencial del *Libro* se situaba en un terreno más próximo a la conservación de la memoria de los benefactores. Empezaremos, por tanto, con algunas observaciones para encuadrar mejor el sentido que tuvo el *Libro de los bienhechores* en el marco de las restantes fuentes que conservó el archivo de san Benito.

2. Algunas anotaciones documentales

En el estudio paleográfico y diplomático que ha realizado la profesora Elisa Ruiz García sobre este valioso manuscrito iluminado se señalan unas cuantas características que se deben tener en cuenta para encuadrar adecuadamente el papel de los bienhechores en la historia del monasterio.⁵ Como es natural, la autora destaca la naturaleza memorial del libro, ya que en su interior se desglosan de manera más o menos detallada los beneficios aportados por los bienhechores en favor de los monjes a lo largo de diferentes momentos de su historia. El reconocimiento expreso de tal cúmulo de bienes y servicios aportados en un momento dado suponía de manera directa la aplicación de los méritos espirituales en favor de todos ellos, siendo frecuente la prolongación de tales méritos en los descendientes y herederos del primer donante. Una donación o un favor prestado a los monjes en un instante concreto traspasaban las puertas de la coyuntura momentánea para entrar en una especie de eternidad en la que el grupo familiar seguía siendo el receptor del rezo monacal. Ambas partes —monjes y bienhechores— eran plenamente conscientes de que todos ellos estaban vinculados por un compromiso estable y duradero que se otorgaba a perpetuidad. Semejante solidez en el compromiso era un valor muy

⁵ Ruiz García, Elisa, «El Libro de los Bienhechores: un modelo de 'work in progress'», en César Olivera Serano (dir.), *El Libro de los Bienhechores...*, pp. 111-158.

apreciado por una sociedad que anhelaba fuertemente la estabilidad de los frutos espirituales en favor de uno mismo y de los descendientes, lo cual redundaba, además, en el prestigio del grupo familiar. No hay que perder de vista que san Benito de Valladolid era una fundación regia, de modo que una relación estrecha e incluso «familiar» con los monjes suponía en cierto modo una mayor proximidad o incluso una cierta familiaridad con la corona. A fines del siglo xv algunos pasajes del *Libro de los bienhechores* aluden al carácter de hermandad que se establecía entre los monjes y sus bienhechores.⁶

Sabemos por otras fuentes algo más tardías que a fines del siglo xvi la comunidad benedictina tenía por costumbre inmemorial la lectura en capítulo de este texto, una o dos veces al año, con el fin de recordar los compromisos contraídos desde los orígenes mismos del monasterio, aunque con el paso del tiempo algunos descendientes de los primeros benefactores perdían el recuerdo de los méritos ganados por un antepasado, a veces por culpa de la extinción biológica de algunos linajes. Los descendientes podrían perder el recuerdo de lo que habían hecho sus ancestros, pero los benedictinos no olvidaban nunca. De este modo, tanto la historia del cenobio como el cultivo de su propia conciencia histórica estaban estrechamente ligados al recuerdo de aquellas personas, familias y entidades que habían hecho posible la subsistencia y desarrollo de la comunidad.⁷ Esta valiosa pieza documental tiene de este modo una indiscutible utilidad historiográfica que será aprovechada más adelante en las diferentes historias del monasterio vallisoletano y de la orden benedictina.

La profesora Ruiz señala, además, otros rasgos a tener en cuenta. La primera redacción del texto que hoy conocemos podría datarse hacia 1460, en tiempos de Enrique IV, aunque es posible aventurar la existencia de uno o de varios borradores previos que se dejaron de utilizar en el momento de quedar plasmada la redacción definitiva.⁸ Esta circunstancia explicaría, por ejemplo, la relativa parquedad de las informaciones correspondientes a los primeros priores, más o menos hasta el primer cuarto del siglo xv, ya que en esa hipotética primera lista de bienhechores tan solo se consignaban los nombres y poco más. A partir del prior Juan de Acevedo se advierte un mayor grado de detalle a la hora de explicar en qué consistían las ayudas aportadas en favor de los monjes.

Por último, la profesora Ruiz señala la estructura un tanto peculiar del manuscrito, en el que se clasificaban los diferentes tipos de bienhechores según su

⁶ Ruiz García, Elisa, «El Libro de los Bienhechores...», pp. 116-117.

⁷ No parece casual que el manuscrito arranque precisamente con un relato de las difíciles circunstancias vividas en el momento mismo de la fundación en 1390, o que concluya con la inserción de un texto original de fines del siglo xiv que vuelve a hablar de los primeros tiempos de la fundación; Ruiz García, Elisa, «El Libro de los Bienhechores...», p. 115.

⁸ Ruiz García, Elisa, «El Libro de los Bienhechores...», p. 118.

rango: reyes y reinas, pontífices, arzobispos, obispos y «otros» bienhechores.⁹ En el momento de «pasar a limpio» la lista de personas era preciso dejar el suficiente espacio en blanco en cada uno de los rangos con el fin de ir incluyendo nuevos bienhechores a medida que pasaban los años. Cada rango tiene internamente un orden cronológico descendente, aunque no siempre sucede así: en ocasiones se advierten ciertos saltos temporales que responden a la necesidad de aprovechar mejor el espacio disponible en cada página. Este modo de proceder explica la variedad de manos —hasta 22— que intervienen en su redacción progresiva, así como la diversidad de letras desplegadas a lo largo y ancho del manuscrito. Para el estudio que aquí nos ocupa tiene mayor interés, como es lógico, el listado extenso de esos «otros bienhechores», ya que en su inmensa mayoría pertenecen al tercer estado, salvo algunas excepciones que más adelante citaremos. En este amplio grupo se localizan esos poderes laicos que dan razón de ser al contenido de este volumen. Aparecen en total 130 bienhechores para todo el período cronológico que abarca el manuscrito, aunque es preciso tener en cuenta que ese marco temporal es muy extenso, pues comienza en tiempos de Juan I de Castilla y termina en la época de Carlos II, hacia 1679. Por consiguiente, solo interesa prestar atención a la época que analizamos en este trabajo, es decir, la que transcurre entre 1390 y 1465.

Para precisar con cierta exactitud el número de bienhechores y donantes de la etapa de los priores perpetuos es preciso recurrir a otras fuentes documentales complementarias, ya que el *Libro de los bienhechores* no permite saber en qué momento se fueron incluyendo los sucesivos nombres en el cuerpo del manuscrito. De hecho, las referencias cronológicas precisas relativas a cada bienhechor son por lo general escasas, aunque el contexto histórico de algunos personajes especialmente famosos permite situarlos con cierta seguridad.

Las mejores herramientas que poseemos para aclarar o precisar la cronología se las debemos a fray Mancio de Torres, un reconocido benedictino que vivió a finales del siglo XVI y comienzos del XVII, autor de diversos instrumentos documentales de gran valor para el tema que aquí nos ocupa.

Fray Mancio elaboró hacia 1620 una *Historia* del monasterio de la que nos ha llegado tan solo su primer volumen que se conserva actualmente en la Biblioteca de Santa Cruz de Valladolid.¹⁰ En este texto se contiene la información relacionada precisamente con la etapa de los priores perpetuos, de modo que su lectura ilustra

⁹ Ruiz García, Elisa, «El Libro de los Bienhechores...», p. 117 y ss.

¹⁰ Molina de la Torre, Francisco J., «La llegada del Libro primero de la Historia del monasterio de san Benito de Valladolid de fray Mancio de Torres a la biblioteca histórica de Santa Cruz: sus peripecias durante la Desamortización», en Ramón Baldaquí Escandell (Ed.), *Lugares de la escritura: el monasterio*, Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2016, pp. 445-465.

a la perfección el curso del tema que analizamos en este trabajo. Antes de comentar algunos rasgos de su contenido, conviene señalar la existencia de una segunda obra de este mismo monje, el *Catálogo* del archivo monástico de san Benito, elaborado en una fecha cercana a la *Historia* ya mencionada, y que se guarda hoy día en el Archivo de los Padres Agustinos Filipinos de Valladolid.¹¹ No sabemos si este catálogo documental fue confeccionado personalmente por fray Mancio o si trabajó sobre materiales anteriores ya elaborados previamente por otros monjes que le precedieron en el cargo de custodiar y ordenar el archivo monástico. Sea como fuere, lo cierto es que las generaciones posteriores de archiveros benedictinos tomaron como referencia segura el catálogo de fray Mancio para redactar otros índices y catálogos más breves.¹² Todo parece indicar, por tanto, que él fue el responsable principal de su elaboración, aunque no hay que excluir la posibilidad de que hiciese en realidad una reelaboración a partir de materiales anteriores.

La *Historia* redactada por fray Mancio guarda una estrecha relación con los fondos documentales que pudo conocer y manejar, muchos de ellos reseñados en el mencionado *Catálogo*, así como en el *Libro de los bienhechores* y en otros registros complementarios que no siempre han llegado hasta nosotros, sin olvidar, por supuesto, los documentos originales custodiados en el archivo,¹³ o incluso la tradición oral de la comunidad benedictina. Esta perfecta imbricación entre las diferentes tipologías de fuentes y referencias orales hace de la obra de este benedictino una herramienta de inestimable valor, hasta el punto de que la pérdida de algunos fondos puede ser en parte suplida con la consulta combinada del *Catálogo* y de la *Historia* del monasterio, ya que en ambas obras se incluyen resúmenes bastante precisos de los textos que él llegó a manejar. En las páginas que siguen emplearemos fundamentalmente los datos transmitidos en la *Historia* del monasterio.

De la estructura interna del relato que se nos ofrece en la *Historia* de san Benito el Real se desprende que para fray Mancio de Torres (y quizás también para sus antecesores en el cargo de archivero) existía una correlación estrecha entre la

¹¹ La signatura actual es M-672. Alude a este manuscrito y a otras fuentes de archivo Rodríguez Martínez, Luis, *Historia del Monasterio de San Benito El Real de Valladolid*, Valladolid: Caja de Ahorros Popular, 1981, pp. 11-42. La dispersión de las fuentes procedentes del monasterio, fruto de la Desamortización, se comprueba tanto en la *Historia* (Biblioteca de Santa Cruz) como en el *Catálogo* (Archivo de los Padres Agustinos Filipinos), así como en el propio *Libro de los Bienhechores* (Fitzwilliam Museum), sin olvidar el fondo principal que se puede consultar en la sección de Clero del Archivo Histórico Nacional de Madrid. Todos estos datos demuestran que la organización interna del archivo monástico se mantuvo actualizada y bien ordenada durante siglos, hasta que la Desamortización provocó la dispersión de sus fondos.

¹² Se conservan en la mencionada sección de Clero del Archivo Histórico Nacional. Se trata del Libro 16771 y del 16772.

¹³ Según su propio testimonio, nada más encabezar el manuscrito, afirma que ha redactado su *Historia* con «papeles auténticos, Bulas, y Privilegios, y otras escrituras así de su archivo como de otros muchos que en la Religión he ordenado, y muchas cosas he visto por mis ojos»; *Historia*, fol. 2r.

autoridad de los priores y las principales realidades que jalonaban la existencia cotidiana de la comunidad. Los priores eran los responsables de la organización interna de la vida comunitaria (reglas y normas, distribución de encargos, entrega de nuevos hábitos, liturgia y oración, régimen disciplinario, etc.), de las relaciones con la monarquía (obtención mercedes, confirmaciones de privilegios, recepción de limosnas, etc.) y con los restantes benefactores que ayudaban con sus bienes, así como con las autoridades eclesiásticas de la villa (abadía de Valladolid y obispado de Palencia) o con la santa sede (gracias apostólicas adquiridas), sin olvidar la gestión de todos aquellos asuntos que podían afectar a la vida interna del cenobio, tanto en lo material como en lo espiritual, sin que apenas aparezcan menciones expresas a la posible participación del capítulo, salvo en lo tocante a las nuevas fundaciones de nuevos centros vinculados a san Benito.¹⁴ Los «discursos» o «capítulos» referidos a cada prior quedan así organizados bajo un esquema de contenidos bastante homogéneo: a cada prior se atribuyen sus principales decisiones y realizaciones, empezando por lo temporal y terminando por lo espiritual. A partir de aquí se puede hacer un seguimiento bastante detallado de la intervención de los sucesivos bienhechores y donantes, así como del contenido concreto de sus respectivas donaciones. Es de suponer, por tanto, que existió una estrecha relación entre cada uno de los priores y los bienhechores que se incorporaban oficialmente al texto del *Libro* durante su mandato, ya que su inclusión oficial dependía en última instancia de la autoridad prioral.

3. Una fundación real con múltiples bienhechores

Aunque pueda parecer una obviedad, no se debe perder de vista que el monasterio de san Benito de Valladolid fue ante todo una fundación de la corona, de modo que los principales responsables de su sostenimiento y expansión fueron los monarcas que se suceden a partir del fundador, Juan I de Castilla. A diferencia de otros monasterios que quedarán más adelante vinculados al linaje del fundador y a la autoridad del prior vallisoletano, san Benito mantiene en todo momento una relación estrecha y constante con la monarquía. Esto va a suponer, entre otras cosas, la fuerte vinculación de grandes personajes cortesanos y de sus respectivos linajes con aquellos monasterios fundados o reformados bajo la autoridad de los priores vallisoletanos. Pero en san Benito de Valladolid la vinculación directa con la corona

¹⁴ Al hablar del prior García de Frías (1436-1451), fray Mancio destaca el papel desempeñado por los monjes ancianos a la hora de aconsejar al prior en lo tocante a la aplicación de la regla benedictina; Mancio de Torres, *Historia...*, p. 169.

no se borra en ningún momento, por muy importantes que sean las donaciones de algunos bienhechores acaudalados.

Hay incluso un detalle que visibiliza perfectamente esta unión tan estrecha, incluso desde el momento mismo de su fundación: me refiero a las «salas» o estancias regias que sirven de morada a los miembros de la familia real desde los primeros tiempos, lo cual supone la presencia más o menos frecuente de algunos personajes de la Corte en el interior de sus muros. Se puede apreciar en estos primeros tiempos una especie de puesta en escena, ya que el antiguo alcázar real albergaba dos espacios yuxtapuestos: las dependencias monásticas propiamente dichas y el espacio reservado para el soberano, aunque ambas esferas compartían un tercer espacio común, el de la capilla real. La fisonomía austera y sobria del alcázar se correspondía con la imagen igualmente austera y sobria de sus moradores, unos monjes «prietos» dedicados a rezar constantemente por el rey y sus necesidades. A la seguridad de sus altos muros se sumaba la solidez orante de una comunidad que velaba por la corona. La sociedad vallisoletana apreció desde muy pronto esta nueva fundación, apodada en sus comienzos como la de los «beatos» o «cartujos» de san Benito, en referencia a un estilo de vida que no solía ser habitual en la Castilla de aquel tiempo. Los cortesanos que comparecen ante la corte regia o ante la Chancillería encontrarán en san Benito un espacio seguro para guardar papeles, cajas de caudales, joyas y bienes de todo tipo. Esta imagen primitiva se acabará perdiendo totalmente cuando a finales del siglo XVI sea demolido el antiguo alcázar para dejar paso a un sobrio edificio de estilo herreriano.

Pasamos a continuación a destacar las pautas que se advierten en la recepción de bienhechores y donantes a lo largo del período de los priores perpetuos, contando sobre todo con las explicaciones aportadas por fray Mancio de Torres. Nuestro autor sigue un esquema bastante homogéneo. Suele encabezar su relato con una breve nota biográfica de cada prior (orígenes familiares, formación, virtudes personales) para seguir después con una exposición de sus iniciativas, tanto en lo espiritual como en lo temporal. De este modo, se indican las gracias espirituales obtenidas, especialmente de Roma (aunque casi siempre con el apoyo de la corona), así como los nombres de los monjes a los que impuso el hábito, o las nuevas pautas introducidas en las costumbres y normas de la vida comunitaria. Suele venir a continuación las mercedes regias y las confirmaciones de los privilegios anteriores, las nuevas fundaciones promovidas bajo la observancia vallisoletana, y los bienes adquiridos por compras donaciones, etc. En este ámbito de asuntos temporales nuestro autor señala la importancia de los bienhechores y donantes, cuya labor suele aparecer relacionada con la ampliación de la observancia en algunos cenobios fundados o reformados, o bien con las ampliaciones del propio monasterio vallisoletano o con la fundación

de capillas funerarias, sin olvidar otro tipo de presentes y limosnas. Se advierte con claridad la importancia dada a los enterramientos de ciertos bienhechores en el interior del cenobio, sin que sea imprescindible la fundación de capillas funerarias ad hoc. Señalamos a continuación las principales aportaciones de los priores.

3.1. ANTONIO DE CELINOS (1390-1398)

Fray Mancio de Torres concede una especial relevancia al momento fundacional, algo perfectamente explicable, dada la finalidad que buscaba Juan I. Además de ofrecer un panorama algo desolador de la observancia monástica castellana en aquellos años, nuestro cronista se detiene a explicar la coyuntura complicada que se vivía en Castilla a finales del siglo XIV, sobre todo en lo tocante a los proyectos reformistas de Juan I. El arranque de san Benito estuvo jalonado por todo tipo de problemas que tuvo de resolver el primer prior. En primer término, se mencionan las dificultades derivadas de la temprana muerte del rey en 1390. Su inesperada desaparición ocasionó un problema legal, ya que aún no habían culminado los trámites jurídicos necesarios para el cumplimiento efectivo de las primeras mercedes que iban a servir para sostener económicamente la nueva casa benedictina. Pero por detrás de este primer inconveniente se detecta el escaso interés de algunos miembros de la corte, tal vez demasiado ocupados en aquel momento ante los problemas suscitados por la regencia de Enrique III.¹⁵ Estas circunstancias explican la imperiosa necesidad de buscar ayudas para solucionar tanto los problemas burocráticos como las necesidades dotacionales. Por esta vía quedaba abierta la puerta a la intervención de bienhechores. No parece que la corona pusiese excesivos reparos a semejante protagonismo compartido. Para estimular la generosidad de los posibles colaboradores, Celinos concibió un *Libro de ceremonias* en el que se cuidaban hasta el extremo todos los detalles litúrgicos. Cada mes se cumplían escrupulosamente las obligaciones espirituales tanto por las almas de los monjes difuntos como por los bienhechores.¹⁶ Si a esto añadimos la fama del sobrio estilo

¹⁵ Destaca el desinterés manifestado por la hermana del rey difunto, Leonor (reina de Navarra), así como de un enigmático arzobispo (¿Pedro Tenorio?) que se inhibió del problema que planteaban los angustiados mojes; Mancio de Torres, *Historia...*, fol. 46.

¹⁶ Según su testimonio, se hacía «con tanta puntualidad al tiempo de la muerte, y el sepultarles como si fuesen Reyes, con tantas misas y oficios y novenas, trezenarios y treintenarios, honrras, cabos de años, y cada monje [sacerdote] siete misas y los demás tres psalterios (ahora está conmutado en siete oficios de difuntos enteros), y los que no sabían leer ni rezar, trescientas y sesenta y seis veces el pater noster y ave maría por cada psalteri». Semejante generosidad se extendió también a los parientes del monjes en primer grado; Mancio de Torres, *Historia...*, fol. 60r.

de vida observante,¹⁷ se comprende el rápido crecimiento del prestigio de los benedictinos de la villa del Esgueva. Fray Mancio reconoce que no fueron muchos los bienhechores de estos primeros años. Junto a Juan I y Enrique III figura un pequeño puñado de personas generosas.¹⁸ A pesar de la escasez de medios, los monjes no quisieron abrir la mano con la concesión de capellanías a particulares, tal y como sucedía habitualmente en muchos conventos, sino que se decidieron por la opción de ofrecer los sacrificios hechos por la comunidad en favor del común de los bienhechores *dejando a Dios el cuidado de repartir a cada uno lo que merecía*.¹⁹ Vendrán tiempos en los que se modificará completamente este criterio inicial, de modo que por esta vía se dejará sentir la presencia algo apabullante del patrocinio laico en el interior del monasterio. Pero en tiempos de Celinos el amparo regio siguió siendo el principal apoyo para todo tipo de necesidades, sin descuidar algunas ayudas puntuales de particulares.

El vacío dejado por el monarca fundador fue completado por su hijo de un modo realmente eficaz. Enrique III concedió durante su breve reinado una serie de mercedes y gracias que contribuyeron a consolidar la nueva fundación. Además de la ampliación de algunas rentas ya concedidas, como las tercias de Valladolid y su tierra, el rey amplió a veinte el número de nuevos monjes, más allá de los catorce iniciales que había otorgado su padre (síntoma evidente del prestigio que iba ganando la comunidad), al tiempo que ordenaba la obtención de reliquias para el culto a través de la sede ovetense. El programa fundacional se completó con las gracias apostólicas obtenidas en la curia aviñonesa de Benedicto XIII, donde intervino directamente el que habría de sucederle en el priorato, fray Juan de Madrigal.²⁰ Cuando Celinos abandonó el cargo de prior para regir el monasterio de Sahagún, san Benito de Valladolid había superado el difícil momento fundacional con el apoyo de algunos bienhechores decisivos, aunque estaba aún por venir el crecimiento sustancial que se vivirá bajo el mandato del siguiente prior.

¹⁷ El trabajo manual de los monjes en numerosas tareas domésticas se explica por la escasa presencia de personal subalterno («familiares», «mandaderas», «factores», «criados»). En el plano disciplinario, Celinos impuso un sistema penitencial bastante estricto basado en la confesión de las faltas ante la comunidad.

¹⁸ Junto al abad de Sahagún, que fue el verdadero impulsor de la fundación, se habla del mencionado maestre de Calatrava, y de algunas personas de escasos medios, como Sancho Martínez, arcediano de Campos, Inés García (donante de unas casas en el cercano barrio de Rehoyo), el sacristán de la cercana iglesia de san Julián (donante de bienes diversos), Mayor Alonso (vecina de Palencia) y Garci Fernández (donante del arruinado edificio de los baños cercano); Mancio de Torres, *Historia...*, fols. 67-68.

¹⁹ Mancio de Torres, *Historia...*, fol. 42.

²⁰ Mancio de Torres, *Historia...*, fols. 49-53. Las bulas que se obtuvieron fueron «viva vocia oráculo», es decir, sin costes de expedición, a tenor de la pobreza del cenobio en aquellos momentos iniciales, aunque tenían pleno vigor legal.

3.2. JUAN DE MADRIGAL (1399-1421)

Durante los veintidós años de mandato de este prior se produce un avance importante en el crecimiento del monasterio. Son muchos los campos en los que se advierte una mejora sustancial de las precarias condiciones iniciales de vida de la primitiva comunidad. Se detecta, por ejemplo, un creciente apoyo de la villa ante la vida austera y penitente de los monjes. También se observa un cuidado preferente de los monjes en favor de sus bienhechores;²¹ junto a un aumento del número, hay una notable diversidad de perfiles. Por una parte, la corona mantiene una constante y reiterada mejora de las rentas que aseguran el sostenimiento de una comunidad que no para de crecer. Tanto Enrique III en sus últimos años de vida como los regentes de Juan II durante su minoría de edad aseguran el aumento de la base económica de san Benito. En este grupo de miembros de la realeza se debe incluir a la reina Beatriz, viuda de Juan I, muy vinculada a la comunidad en su calidad de señora de la villa. A renglón seguido, se percibe una creciente presencia de bienhechores locales de la villa del Esgueva, con mandas testamentarias y donaciones de todo tipo, generalmente de pequeño valor en comparación con las de la corona, aunque con un despliegue muy variado de bienes (casas, huertas, viñas, bodegas, barreros, etc.) que sirven para completar el sostenimiento cotidiano de la comunidad. A continuación, se advierte con claridad la presencia de algunos miembros de la oligarquía vallisoletana, con donaciones de mayor calado, que optan a recibir una sepultura en las estancias del monasterio. En último lugar, sobresale con enorme fuerza el patrocinio incomparable de Sancho de Rojas, primero obispo de Palencia y más tarde arzobispo de Toledo, uno de los mayores bienhechores del monasterio a lo largo de toda su historia. Empezaremos por mencionar brevemente a este último, dada la trascendencia de las obras y mejoras que promovió en el antiguo alcázar real.

En efecto, el *Libro de los bienhechores*, al referirse a D. Sancho, lo califica como uno de los «grandes bienhechores» del cenobio, abriendo así una categoría especial que incumbirá solo a un selecto grupo de personajes muy destacados de la corte castellana. Por su parte, Mancio de Torres tampoco escatima elogios ante un patrono tan ilustre. Parece evidente la buena sintonía que supo mantener Rojas con el prior Madrigal y con los protagonistas principales de la regencia, tanto con Ca-

²¹ Se conservó la costumbre del anterior prior de no recibir capellanías ni aniversarios con carga, «[...] sino que entrasen todos los bienhechores a la parte de los sacrificios repartidos por la mano de Dios, que es quien da con más rectitud a cada uno lo que merece; y así los hacía Dios millones de mercedes, y la iglesia nunca estaba vacía de muchas ofrendas, pan, vino, cera, dineros y tablas de pescado y otras [...] porque quien podía tener sepultura en san Benito de los beatos le parecía que estaba cierto de su salvación y más si se podían enterrar en el claustro»; Mancio de Torres, *Historia...*, fols. 76-77.

talina de Láncaster como con su cuñado Fernando de Antequera, cabezas visibles de sendos grupos de cortesanos que acabarán por pertenecer en bastantes casos el elenco de bienhechores. Esta sintonía alcanza también a la curia de Benedicto XIII, que completó el despliegue normativo iniciado por Celinos.

Todo apunta a que Sancho de Rojas quiso convertir estas estancias del monasterio en una verdadera residencia regia, quizás la más importante de la villa junto con la que existía en el convento dominico de san Pablo. Es posible aventurar, quizás, que desease crear un espacio palaciego hecho a su medida donde ejercer la importante labor de mediación que desempeñaba entre ambos regentes. A las amplias reformas que promovió en su interior, tanto en la parte ocupada por los monjes como en la zona del rey y en la capilla regia, se añaden los espléndidos presentes artísticos (retablos, imágenes, ornamentos, etc.) y limosnas diversas. Fray Mancio recoge con admiración el dato recogido en el *Libro de los Bienhechores*, según el cual la suma de gastos destinados a san Benito, procedentes en su mayor parte de su propio patrimonio, ascendió a 12 000 florines. Semejante generosidad difícilmente sería igualada por los mismos reyes castellanos. Otro obispo importante, aunque de menor nivel, es Álvaro de Isorna, titular por entonces (1417) de la sede leonesa, que promovió el primer intento de reforma observante en san Claudio de León.²²

La lista de bienhechores que señala fray Mancio para este largo período es realmente extensa y variada.²³ Es probable que algunos de ellos formasen parte del círculo de Rojas, aunque las referencias no siempre son claras. Otros formaban parte de la oligarquía local, como mosén Rubín de Bracamonte, el alcalde Gonzalo López o el grupo familiar de Juan Fernández de Bolaños. Los hay que pertenecen al clero local de la villa, como el canónigo Juan Rodríguez de Bobadilla, o el párroco de la cercana iglesia de san Julián, Fernando Alonso.²⁴ Algunos de los monjes que profesan también donan sus bienes al monasterio, como fray Juan Bravo o fray Juan de Peñaflor, que antes había sido cura de la villa de Peñaflor. También hay miembros del séquito de la reina Beatriz de Portugal, como Inés Alfonso de Bendaña, viuda de Gonzalo Vázquez de Acevedo, abuela del futuro prior Juan de Acevedo. Al séquito de la reina Catalina de Láncaster pertenece el contador Fernán Alfonso de Robles, que ya empieza en estos años a tener una estrecha relación con los monjes. El resto de nombres —cerca de 30— son difíciles de clasificar, dada la escasez de datos personales en las fuentes, aunque sin duda pertenecen en su mayoría a la sociedad

²² Mancio de Torres, *Historia...*, fols. 93-94.

²³ Mancio de Torres, *Historia...*, fols. 96-97.

²⁴ Fray Mancio concede especial importancia al acuerdo de 1394 con el cabildo vallisoletano bajo el mandato de D. Roberto de Moya, para ordenar el uso de sepulturas, algo que había creado algunos problemas en los primeros años; Mancio de Torres, *Historia...*, fol. 97.

local, o bien mantienen una relación familiar con algunos monjes; tal es el caso de la propia familia del prior Madrigal. El propio concejo de la villa también engrosa la lista de bienhechores gracias a los permisos concedidos para algunas reformas y ampliaciones. No hay que descartar que el prior desease mantener la tónica ya conocida del período anterior, mediante la cual los monjes abrían la puerta a todo tipo de bienhechores, de modo que san Benito admitía a personas de condición social muy variada.

Este carácter un tanto heterogéneo determina a estas alturas la primera separación neta entre bienhechores oficiales, que pasan a engrosar las páginas del *Libro de los bienhechores*, y el resto de donantes que permanecen en un discreto segundo plano, lo cual no quita para que unos y otros reciban las oraciones estipuladas por el descanso eterno de sus almas. En bastantes casos se percibe que los testadores que dejan algunos de sus bienes a san Benito lo hacen en compañía de sus respectivas esposas; o a la inversa, mujeres que testan a favor del monasterio en compañía de sus maridos, siendo habitual el enterramiento de ambos cónyuges en las dependencias internas.

Fray Mancio parece tener en ocasiones algunas dudas a la hora de aclarar con exactitud el sentido de algunas donaciones, sean o no de carácter testamentario: en ocasiones deja traslucir que los donantes ceden o venden algunos bienes en condiciones ventajosas para la comunidad. A través de estos resquicios se adivina la política de adquisiciones desplegada por el prior Madrigal, tendente a completar el primer patrimonio inmobiliario del monasterio, tanto en la propia villa del Esgueva como en algunas de sus aldeas cercanas.

3.3. FRAY MARTÍN DE RIVAS (1421-1423)

El breve mandato de este prior, pese a su limitación cronológica, muestra una continuidad con los criterios de sus dos predecesores. Rivas también había sido discípulo de Celinos, al igual que su inmediato antecesor en el cargo, de modo que este detalle confirma que los monjes deseaban mantener a las personas que habían vivido la etapa fundacional. Como es natural, la cifra de bienhechores y donantes es menor que en el mandato anterior, aunque se advierte la variedad que ya hemos señalado.²⁵ Rivas tuvo la oportunidad de recibir los bienes testamentarios del gran bienhechor de la etapa precedente, D. Sancho de Rojas, con los que se pudo completar el plan de obras y compras del anterior prior; desde aquel momento, la relación con el linaje Rojas

²⁵ Mancio de Torres, *Historia...*, fol. 115.

quedó firmemente asentado. Además, contó con el empeño innovador del cronista Alvar García de Santamaría, hermano del obispo de Burgos, con el que se empezó a preparar la reforma de san Juan de Burgos. En cuanto a los poderes laicos afincados en la villa, cabe destacar a uno de los contadores mayores de Juan II, Juan Manso.²⁶

3.4. FRAY JUAN DE ACEVEDO (1423-1436)

El nuevo prior había sido discípulo de fray Juan de Madrigal, de modo que nuevamente asistimos a un criterio de continuidad a la hora de buscar un sucesor en el cargo. Fray Mancio dedica bastante atención a su largo mandato, del que destaca unas cuantas pautas importantes. La primera, tal vez no del todo elogiosa, se refiere al comienzo de las *mitigaciones* que se empezaron a introducir en las severas condiciones de vida de los primeros años: así, según fray Mancio, aparecen en esta etapa las celdas individuales y se suavizan algunas vigiliass que alteraban la continuidad del sueño de los monjes, entre otras decisiones de menor alcance. El segundo rasgo llamativo tiene que ver con el creciente interés personal de Juan II por todo aquello que afectaba de un modo u otro a la vida de la comunidad. Esta realidad se manifiesta de modo tangible en la preferencia por las estancias regias de san Benito cuando el rey y su corte se detenían en Valladolid. Dentro de un terreno tal vez no tan visible, aunque quizás más decisivo, se advierten las iniciativas de Juan II tendentes a gestionar ante la curia pontificia algunos aspectos del régimen interno mediante la obtención de bulas muy significativas, como la que permitía recibir «familiares» regulares y seculares en el seno de la comunidad, la que autorizaba a fundar o reformar monasterios o, finalmente, la que permitía admitir legados testamentarios con capellanías perpetuas.²⁷ Estas tres líneas de acción, entre otras, incidirán en la creciente presencia de nuevos bienhechores pertenecientes al entorno del propio rey, una realidad que se dejará sentir en el proceso de reforma o fundación de nuevos monasterios y en la presencia de algunos cortesanos en el interior de los muros del monasterio. Los años del prior Acebedo coinciden con una etapa política muy marcada por los conflictos cortesanos. La pugna entre los Infantes de Aragón y el grupo liderado por el condestable Álvaro de Luna se deja

²⁶ Vinculado a Fernando I de Aragón; Pascual Martínez, Lope, «La cancellería real castellana durante la regencia del infante don Fernando de Antequera», *Miscelánea Medieval Murciana*, 11 (1984), pp. 179-236, 206; RUCQUOI, Adeline, *Valladolid en la Edad Media*, p. 249; Olivera Serrano, César, «Bienhechores y donantes...», p. 57.

²⁷ La decisión de permitir capillas familiares, según fray Mancio, se debe sobre todo a la importante labor desplegada por Alvar González de León, tesorero de Juan II, fallecido en 1432, el cual había prestado innumerables servicios al monasterio. Sus sobrinos, Fernán González y a Alonso González de León, señor de Brazuelos, serán los titulares de la capilla de santa Ana, donde recibirán sepultura; Mancio de Torres, *Historia...*, fols. 160-161.

sentir en algunos sucesos que alteran la pacífica vida de la comunidad y también en la selección de bienhechores y donantes que se irán sumando a la lista de los ya existentes.²⁸

Fray Mancio enumera con cierto detalle el creciente número de bienhechores y donantes de este período, aunque en ocasiones no define con exactitud el rango de algunos de ellos; de hecho, se advierte en ocasiones alguna confusión entre bienhechores oficiales y simples donantes. Siguiendo el orden establecido en el *Libro de los bienhechores*, nuestro autor menciona sobre todo a Martín V y sus confirmaciones, especialmente las que afectaban a las normas anteriores al cisma, así como a Juan II, del que destaca su afición a los benedictinos vallisoletanos, para seguir después por algunos eclesiásticos de renombre, como Juan de Villalón (obispo de León) o Roberto de Moya (abad de Valladolid). Dentro del largo listado de los «otros» bienhechores, nuestro monje señala un heterogéneo grupo de personas, de condición muy diversa, que recuerda la variedad tipológica que ya hemos visto con los priores anteriores. Siguen predominando los nombres del ámbito puramente local vallisoletano, o de alguna de sus aldeas cercanas. Algunos son de condición relativamente humilde, como la alfayata Catalina Fernández, o Mayor Rodríguez, mujer de Toribio Fernández, barbero. Se citan asimismo a algunos matrimonios, como sería el caso de Nicolás Alfonso y Catalina Alfonso; o bien, Marina Fernández, criada del bachiller Fernán González, que donó sus bienes, recibiendo por ello sepultura en el claustro. Por su parte, Pero Fernández, vecino de Cogeces fue beneficiado con el rango de bienhechor gracias a su generosidad.

Pero poco a poco va aumentando el número de personas vinculadas al mundo de la Corte y a la Chancillería. Como es lógico, presta bastante atención a los bienhechores que impulsaron la expansión observante más allá de los muros de san Benito, como el ya mencionado Alvar García de Santamaría con la larga reforma de san Juan de Burgos;²⁹ o el adelantado de León, Pedro Manrique, que promovió en compañía de su mujer la fundación en 1431 de santa María de la Consolación de Calabazanos,³⁰ primer cenobio fundado bajo la autoridad prioral de san Benito de Valladolid. Además de citar al tesorero real Ruy González, fray Mancio se detiene a explicar especialmente tres casos singulares que debieron dejar una huella muy especial en la memoria de los monjes: Juan de Robles, Juan de Peñaflor e Inés de Guzmán. Así parecen demostrarlo sus historias personales en el *Libro de los bienhechores*.

²⁸ Asegura fray Mancio que en el archivo monástico se conservaba el texto original de la concordia que firmaron en el propio monasterio D. Álvaro de Luna y el conde de Haro el 7 de mayo de 1432; Mancio de Torres, *Historia...*, fol. 162.

²⁹ Mancio de Torres, *Historia...*, caps. 11, 12 y 13. Se menciona la importante desplegada en Roma por sus familiares ante Eugenio IV.

³⁰ Mancio de Torres, *Historia...*, caps. 8 y 9.

El caso de fray Juan de Robes fue algo especial. Su padre, el contador mayor Fernán Alfonso de Robles, cayó en desgracia en 1427 y, tras ser encarcelado, sufrió la confiscación de todos sus bienes.³¹ Los monjes le profesaban un afecto especial tanto por su generosidad como por el apoyo prestado en la reforma de san Claudio de León. El comportamiento edificante de su hijo se manifestó antes de profesar en san Benito y, en contrapartida, los benedictinos ampararon a su hermana Leonor de Robles. Por su parte, el doctor Juan de Peñaflo, catedrático del Estudio de Valladolid y corregidor de varias ciudades, ofrece igualmente una imagen edificante de tipo familiar.³² En cuanto a Inés de Guzmán, pariente del prior, es señalada por ser bienhechora de santa Clara de Villafrechós³³ y de la congregación observante de Tordesillas, de monjas clarisas.

3.5. GARCÍA DE FRÍAS (1436-1451)

Durante el mandato del nuevo prior se advierte con claridad un aumento significativo de los bienhechores de elevada posición, lo cual influye en el proceso de nuevas fundaciones y reformas observantes. Un caso notorio corresponde al matrimonio formado por María Manrique, esposa de Gómez de Benavides, fundadores de un cenobio en Frómista, Nuestra señora de la Misericordia.³⁴ El conde de Haro, Pedro Fernández de Velasco, promueve por su parte la reforma del monasterio de san Salvador de Oña a partir de 1450, aunque el proceso fue complejo y no culminó hasta una etapa posterior.³⁵ Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, hizo otro tanto con el monasterio de Nuestra Señora de Sopetrán, muy decaído en lo material y lo espiritual.³⁶ Otros cortesanos intervinieron a partir de 1441 en la adquisición de las fuentes de Argales, cerca de Valladolid, como Alfonso de Stúñiga, Alfonso de Torres (camarero del almirante de Castilla), Alfonso Álvarez de Toledo y la condesa de Castañeda.³⁷

³¹ Mancio de Torres, *Historia...*, p. 137. DIAGO HERNANDO, Máximo, «El contador Fernán Alfonso de Robles: nuevos datos para su biografía», *Cuadernos de Historia de España*, 75 (1998-1999), pp. 117-134. OLIVERA SERRANO, César, «Bienhechores y donantes del monasterio», p. 47.

³² Él mismo ingresó como monje en san Benito, lo mismo que uno de sus hijos; Mancio de Torres, *Historia...*, p. 140.

³³ Mancio de Torres, *Historia...*, p. 141.

³⁴ Fray Mancio hace un detallado relato de la dotación, vicisitudes, etc.; Mancio de Torres, *Historia...*, caps. 6 y 7, pp. 177-182.

³⁵ Mancio de Torres, *Historia...*, caps. 14 y 15, pp. 199-202.

³⁶ Mancio de Torres, *Historia...*, cap. 18, pp. 204-205. En este caso concreto, fray Mancio señala la importancia que tuvo en esta decisión las facultades de reforma que Roma había concedido al prior de san Benito.

³⁷ Mancio de Torres, *Historia...*, cap. 17, fols. 203-204.

En la obra de fray Mancio sobresalen otros importantes cortesanos, como Martín López de Inestrosa, canciller mayor de Castilla, Ginebra de Acuña, hija del conde Martín Vázquez de Acuña, o Pedro Álvarez Osorio, conde de Trastámara, todos ellos miembros de la alta nobleza. En un nivel inferior figuran los familiares del difunto Sancho de Rojas, como su sobrino Juan de Rojas, alcalde mayor de los hijosdalgo de Castilla, junto con su madre Catalina González. De la oligarquía local aparece mencionada Catalina Vázquez de Villandrando y Mencía Carrillo, mujer del adelantado Rodrigo de Perea. Entre los bienhechores salidos de las filas de la administración son citados los nombres del bachiller Alonso Rodríguez, alcalde de Corte y Chancillería, y del doctor Pero Alfonso de Valladolid, junto su mujer Beatriz Alfonso. Una de las razones que explica la creciente afición de burócratas y cortesanos por el monasterio de san Benito es el prestigio de su archivo, sobre todo por la seguridad que ofrecían sus altos muros y la misma clausura. Fray Mancio dedica todo un capítulo a ponderar este aspecto tan importante para la historia del cenobio.³⁸ Por último, cabe citar al propio concejo de Valladolid, siempre generoso con los permisos necesarios para la ampliación de las propiedades urbanas del monasterio. No faltan menciones a algunas personas de condición humilde de la villa, pero tienden a escasear cada vez más.

3.6. FRAY JUAN DE GUMIEL (1451-1465)

El mandato del último prior perpetuo supone en cierto modo el apogeo de los bienhechores laicos de elevada condición social y política, procedentes de la oligarquía local, de la Chancillería y de la aristocracia cortesana que supo moverse en el entorno de Juan II durante sus últimos años de reinado. Con Enrique IV las relaciones no fueron tan cordiales, tal y como se ve en el *Libro de los bienhechores*.³⁹ Si los elogios hacia su padre son habituales, no sucede lo mismo con el hijo, al que dedican un comentario escueto y sobrio, al revés de lo que sucede con su medio hermano, el infante Alfonso, con el que vuelven a repetirse las manifestaciones de cordialidad que se emplean al hablar de Juan II. No obstante, es preciso reconocer, tal y como afirma fray Mancio, que Enrique IV se tomó en serio el proceso emprendido por los benedictinos en las nuevas casas o en las que ya estaban en proceso de reforma, incluso en el caso del monasterio cisterciense de san Quirce de Valladolid, que acabó dependiendo del prior Gumiel.⁴⁰

³⁸ Mancio de Torres, *Historia...*, cap. 19, fols. 205-206.

³⁹ Así lo señala Ruiz García, « El Libro de los Bienhechores: un modelo de 'work in progress' », p. 166.

⁴⁰ Mancio de Torres, *Historia...*, fol. 290-292.

Fray Juan había ejercido el cargo de mayordomo durante el priorato de García de Frías y es posible suponer, tal vez, que aprovechase la experiencia acumulada de su cargo anterior para incrementar los recursos del cenobio. Fray Mancio afirma que san Benito el Real mejoró con él la «cobranza de su hacienda».⁴¹ Algunas de las capillas funerarias más importantes del monasterio se fundan durante este período.

Destaca especialmente la que acogió los restos mortales de Alonso Pérez de Vivero, contador mayor de Juan II, que fue asesinado en 1453 por su antiguo amigo y valedor, Álvaro de Luna. Vivero había mantenido una relación estrecha y cordial con los monjes a lo largo de su vida, facilitando los trámites administrativos que afectaban a la comunidad el día a día de sus gestiones y aportando generosas limosnas. La encargada de costear las obras fue su viuda, Inés de Guzmán (llamada también Inés de Ávila), a la que se dedican encendidos elogios por su magnificencia y generosidad.⁴² La dama en cuestión contrajo un nuevo matrimonio con el conde de Trastámara, cuya familia también edificó a su vez la capilla de san Antonio.⁴³ Por otra parte, la familia del doctor Diego Rodríguez de Valladolid fundó otra capilla para enterramiento, y lo mismo cabe decir del regidor Juan de Perea y su mujer, Beatriz Rodríguez de Villandrando, que se enterraron en la de santa Marina.⁴⁴ Al margen de las capillas aquí mencionadas, se pueden destacar las donaciones y limosnas más o menos generosas de otros personajes vinculados al monasterio. En algunos casos se trata de «familiares» de los benedictinos, como es el caso de Juan García de Villalón y de su mujer Olalla, que donaron buena parte de sus bienes en 1463.⁴⁵ Completan la lista de bienhechores oficiales de esta época otras personas del ámbito local, como Catalina López de León, Inés García, Mencía Carrillo y el doctor Pedro Alonso, entre otros.⁴⁶ La cifra de donantes no incluidos oficialmente como bienhechores también es notable.⁴⁷

⁴¹ Asegura fray Mancio que su gran capacidad como gestor explica el encargo dado por Enrique IV para llevar la colectoría del subsidio, tarea que prosiguieron otros priores posteriores; Mancio de Torres, *Historia...*, fol. 292.

⁴² Los monjes le concedieron la capilla fundada por Sancho de Rojas para albergar la imagen de la Virgen de las angustias. Según fray Mancio, tanto el contador como su mujer le habían tenido mucha devoción; Mancio de Torres, *Historia...*, fols. 293-295.

⁴³ Mancio de Torres, *Historia...*, fol. 295.

⁴⁴ Mancio de Torres, *Historia...*, fols. 295-296.

⁴⁵ Mancio de Torres, *Historia...*, fol. 213.

⁴⁶ Mancio de Torres, *Historia...*, fol. 296.

⁴⁷ Olivera Serrano, César, «Bienhechores y donantes...», pp. 97-98.

4. Conclusiones

Al concluir la etapa de los priores perpetuos en 1465, el monasterio de san Benito había consolidado una praxis que hundía sus raíces en los tiempos fundacionales. Pese a tener una relación muy estrecha con la corona, esta no fue exclusiva, ya que los primeros priores abrieron la mano a todo tipo de bienhechores que facilitaron la existencia de la comunidad y su expansión posterior.⁴⁸ No resulta fácil delimitar con exactitud el alcance del patrocinio laico en el caso vallisoletano. En primer lugar, porque los mismos monjes entendieron por *bienhechores* tanto a los pontífices que otorgaron todo tipo de gracias apostólicas, como a los reyes y reinas de la dinastía Trastámara que ampararon y sostuvieron su existencia, sin olvidar a los arzobispos y obispos que apoyaron de algún modo la vida comunitaria, así como al resto de donantes que contribuyeron con todo tipo de bienes y servicios al sostenimiento de los benedictinos vallisoletanos. Es evidente que la condición regia del cenobio impidió el protagonismo exclusivo de un magnate o de un linaje, a diferencia de lo que sucedió con otras fundaciones de la época, donde lo habitual es observar el papel preponderante de algunos linajes.

El patrocinio laico es, sin duda, el más numeroso desde un punto de vista numérico en san Benito de Valladolid, aunque ofrece un abanico muy diverso de situaciones personales. La lectura del *Libro de los bienhechores* deja la impresión de que los benedictinos buscaron de forma deliberada la concurrencia de personas de condición muy diversa, quizás con la intención de mostrar hasta qué punto una fundación regia permitía la presencia de donantes procedentes de todos los estratos sociales, de modo que las gracias espirituales ganadas por los monjes con sus oraciones y sacrificios se difundían en favor del conjunto de la sociedad. Desde el punto de vista estamental, se comprueba la existencia de un elenco muy variado de protagonistas: junto a miembros de la alta nobleza cortesana, aparecen miembros de la oligarquía local vallisoletana, tanto hombres como mujeres, siendo frecuente la presencia de matrimonios que intervienen de común acuerdo, con la vista puesta en la perpetuación de los beneficios espirituales en favor de sus descendientes. El clero, por su parte, también aparece presente, aunque en una proporción bastante más reducida: junto a algún maestre de alguna orden militar y grandes prelados de indudable importancia, como Sancho de Rojas, muy generoso con sus donaciones,

⁴⁸ Este modo de proceder se observa también en otros muchas fundaciones monásticas nacidas al calor del patrocinio laico de grandes magnates. Valga como ejemplo, entre otros muchos, el caso de Fresdelval bajo la iniciativa de Gómez Manrique y su mujer, Sancha de Rojas, muy relacionada familiarmente con el monasterio de san Benito; Prieto Sayagués, José Antonio, y Lucía Gómez-Chacón, Diana, «La fundación y primeras décadas del monasterio de Fresdelval. Memoria, benefactoría y devoción jerónima en la Castilla bajomedieval», *Studia Histórica. Historia Medieval*, 38/2 (2020), pp. 239-262.

figuran algunos abades vallisoletanos, sacerdotes de la villa o de alguna de sus aldeas y también simples sacristanes de la cercana parroquia de san Julián.

Entre los laicos que llenan las listas de bienhechores oficiales y simples donantes, la variedad es amplísima. En este grupo tan numeroso es preciso atender a otro tipo de parámetros, como la condición económica y social, sin olvidar la creciente importancia de individuos relacionados con la actividad cortesana o con la actividad desplegada por la Audiencia y Chancillería. Si en los primeros tiempos, bajo los priores Celinos y Madrigal, se aprecia una apreciable presencia de bienhechores casi anónimos, la situación tiende a cambiar a partir del prior Acevedo. La importancia del antiguo alcázar real, ahora transformado en monasterio con unas estancias regias, hace posible la presencia habitual de Juan II en compañía de sus consejeros, y lo mismo cabe decir de algunas reinas especialmente relacionadas con el monasterio, como Beatriz de Portugal y Catalina de Lancaster. Enrique IV dejó muy pocas huellas en el viejo alcázar, a diferencia de lo que hizo su medio hermano, el infante Alfonso. Miembros de sus respectivos séquitos aparecerán más tarde o más temprano incluidos en el elenco de bienhechores y donantes, incluso en épocas más tardías a la que estudiamos en estas páginas.

El sustento material del monasterio se basó desde el primer momento en la percepción de algunas rentas reales ordinarias de la villa del Esgueva, sobre todo de las tercias. No hubo adjudicación de ningún señorío ni, en consecuencia, de rentas señoriales. Dado el aumento considerable del número de monjes desde la época de Enrique III y de la escasez de patrimonio propio, surgió de forma inevitable la doble necesidad de contar con generosos donantes que sufragaran tanto las obras en el interior del monasterio como, en segundo lugar, de cobrar con regularidad las rentas asignadas por la corona. Por esta doble vía quedaba la puerta abierta a los bienhechores. Los más significativos, como Sancho de Rojas, resolvieron con su patrimonio personal el primer aspecto, mientras que para el segundo pronto aparecieron los oficiales reales que intervienen en los trámites necesarios a la hora de percibir el cobro regular. Entre ambos extremos se desplegó un elenco muy variado de bienhechores que completaron las necesidades ordinarias. Además, hay que tener en cuenta otro detalle material que señala fray Mancio en su *Historia*: los monjes practicaron la caridad con los más pobres de la villa entregando raciones diarias de comida, incluyendo entre esos pobres a diez estudiantes del Estudio. Para atender tantas necesidades, los monjes dependían necesariamente de todo tipo de limosnas.

Para entender la posición de los bienhechores en el conjunto de la vida monástica es indispensable atender, por otra parte, al sentido de las gracias apostólicas que la Santa Sede fue concediendo con el curso de los años. Hasta el prior Acevedo no se permitieron legados o donaciones con carga, es decir, con el compromiso de

rezar de forma regular en favor de los donantes. La escasez de monjes con órdenes sagradas está en la base de semejante decisión. Esta praxis impidió la fundación de capellanías o aniversarios perpetuos. Pero el cambio operado a partir de 1432, con la capellanía fundada por tesorero de Juan II, Alvar González de León, supuso una nueva fase en la vida del monasterio. A partir de ese momento y gracias a las bulas de Eugenio IV ganadas por el prior Acevedo, se suceden importantes dotaciones materiales para sufragar el coste de capillas y aniversarios. Semejante decisión, que contó con el apoyo de Juan II, sirvió para que nuevos personajes influyentes, sobre todo cortesanos, engrosaran las listas de bienhechores. Indirectamente también sirvió para diferenciar entre bienhechores oficiales y simples donantes, aunque todos ellos gozaron de las oraciones y sacrificios realizados por los monjes en su favor y el de sus descendientes.

Desde los primeros años de su existencia el monasterio tuvo «familiares», aunque fueron escasos: dos, a lo sumo. Bajo el prior Acevedo se definen con mayor precisión aquellos familiares regulares y seculares que se beneficiaban de algunas gracias espirituales especiales, como la de recibir sacramentos de manos del prior, aunque quedaron configurados con votos semejantes a los de los monjes (pobreza, castidad y obediencia), con la facultad de poder salir y entrar del monasterio. Juan II concedió en 1431 diez escusados de pechos a tales familiares. Sin embargo, en tiempos de Enrique IV se mencionan familiares que están casados. La configuración jurídica de tales «familiares» difiere, por tanto, de la de los restantes bienhechores, ya que se identifican más bien con personas vinculadas a tareas y encargos cotidianos del monasterio. Estas precisiones sirven para aclarar el sentido del vocablo «familiar» que en ocasiones se emplea en el *Libro de los bienhechores* para aludir al grado de amistad o «familiaridad» que mantienen en ocasiones los monjes con determinadas personas.

Por último, queda por señalar un último aspecto de interés, señalado por fray Mancio de Torres a lo largo de su obra. Cuando el cronista hace relación de los bienes adquiridos por cada prior, se alude con frecuencia a las condiciones ventajosas de determinadas compraventas. En tales casos se suele indicar que dichos bienes se venden al monasterio como forma agradecida de corresponder a la generosa atención material prestada por los monjes con anterioridad. En otros casos se habla de donaciones inspiradas en el mismo sentido de agradecimiento por favores y ayudas recibidos en el pasado. Este sería el caso, por ejemplo, de Inés Alfonso de Bendaña, abuela del prior Acevedo, que donó parte de sus bienes al monasterio tras haber recibido durante años el soporte de los monjes en favor de su grupo familiar. Tanto ella como sus hijos habían sufrido la pérdida de propiedades en su Portugal natal tras el triunfo de la casa de Avís.

A partir de 1465 los priores trienales mantendrán las líneas de acción trazadas con anterioridad por los priores perpetuos. Por esta vía la lista de bienhechores y donantes seguirá creciendo de forma ininterrumpida hasta finales del siglo xv. Las formas de colaboración empleadas en san Benito de Valladolid demuestran que este cenobio tan célebre fue capaz de combinar diferentes tipos de benefactores que no desplazaron en ningún momento el papel principal desempeñado por la corona.



El estudio de las diferentes relaciones que los diversos agentes e instituciones políticas, tanto a nivel de la Corona, como a escala regional y local (monarquía, nobleza, oligarquías urbanas, concejos, conversos, etc.), mantuvieron con los establecimientos eclesiásticos (catedrales, monasterios, parroquias, iglesias propias, instituciones asistenciales vinculadas a la Iglesia, etc.) a lo largo del periodo medieval es el objetivo central del presente monográfico. Este tipo de estudios, dentro de las relaciones de poder que se desarrollaron en la Edad Media, ha mostrado una notable variabilidad tanto entre los diversos ámbitos como en las cronologías. El objetivo central es apreciar los cambios o continuidades que se produjeron como mecanismos de adaptación a las mudanzas políticas y socioeconómicas medievales.

Estas relaciones que mantuvieron fundadores, tenentes, titulares, encomenderos, arrendatarios a largo plazo, patronos, donantes o benefactores, tuvieron orientaciones muy diferentes que oscilaron entre la protección, el mecenazgo, los acuerdos y el consenso y la injerencia, la contestación y el enfrentamiento. Todo ello dio lugar a una serie de situaciones entre ambas partes del binomio como la firma de pactos y contratos o la resolución de conflictos a través de la vía judicial o la violencia. Lo anterior muestra la complejidad de la relación entre los institutos religiosos y los poderosos.

Estas cuestiones repercutieron en las instituciones eclesiásticas, pero también en los poderosos e instituciones, quienes emplearon dichas relaciones como una vía de centralización y «nacionalización» de la Iglesia del reino, de propaganda y afirmación de los linajes, un mecanismo para hacerse con señoríos y grandes dominios monásticos y de control y articulación del espacio. Además, a través de dichos vínculos pretendieron potenciar su estatus, perseguir estrategias sociales y patrimoniales como la centralización de sus patrimonios dispersos y construir redes de poder en relación con las sociedades locales.